

LA REFORMA UNIVERSITARIA CUESTIONADA

Coordinadores:
Diego Mauro
y José Zanca

 hya ediciones

100CENTENARIO
DE LA REFORMA UNIVERSITARIA



La reforma universitaria cuestionada

La reforma universitaria cuestionada/Diego Mauro... [et al.]; coordinación general de Diego Mauro; José A. Zanca. - 1a ed. - Rosario: Humanidades y Artes Ediciones - HyA ediciones, 2018.

214 p.; 20 x 15 cm. - (Dimensiones del reformismo universitario/Bacolla, Natacha; Mauro, Diego Alejandro; Eujanian, Alejandro; 3)

ISBN 978-987-3638-20-6

1. Historia Argentina. 2. Universidad. 3. Historia Política Argentina. I. Mauro, Diego II. Mauro, Diego, coord. III. Zanca, José A., coord.
CDD 378.009

© HyA ediciones, 2018

© Diego Mauro y José Zanca, 2018

Colección Dimensiones del reformismo universitario

Directores de la colección: Natacha Bacolla, Alejandro Eujanian y Diego Mauro

Programa Hacia el Centenario de la Reforma Universitaria

Secretaría de Políticas Universitarias

Ministerio de Educación de la Nación

HyA ediciones

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Entre Ríos 748 - (2000) Rosario - Argentina

Decano: José Goity

Editores: Rubén Chababo, Nicolás Manzi

Diseño de tapa: Pablo Silvestri

Diseño interior: Adriana La Sala

Corrección: Virginia Ducler



UNR Universidad Nacional de Rosario

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

La reforma universitaria cuestionada

Diego Mauro y José Zanca
coordinadores

hya ediciones

Impugnadores en tiempos de Guerra Fría. La Reforma Universitaria como puerta de entrada del comunismo en la Argentina¹

Facundo Cersósimo*

(CONICET)

*Doctor en Historia (UBA), Becario post-doctoral (CONICET), Investigador del Programa de Investigaciones en Historiografía Argentina (PIHA), Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” (CONICET-UBA). Actualmente investiga temas ligados a las derechas argentinas durante las décadas de 1960 y 1970, como también acerca de los “usos públicos” del pasado durante la última dictadura militar.

1: Agradezco los comentarios de Pablo Buchbinder.

Introducción

En 1955, tras el triunfo de la autodenominada Revolución Libertadora, el presidente de facto Eduardo Lonardi aceptaba que el nuevo rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) sea elegido a partir de una terna propuesta por la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). El puesto fue para el historiador José Luis Romero; un lustro más tarde, esto se tornó improbable. Ya no sólo que el Ejército admitiese como interlocutor a una federación de estudiantes universitarios (en aquella coyuntura, circunstanciales aliados de la coalición antiperonista), sino especialmente que el elegido fuese una figura vinculada a la tradición socialista.

A inicios de la década de 1960 no sólo en las Fuerzas Armadas, sino en heterogéneos actores de las derechas argentinas, la Universidad comenzó a ser señalada como un foco de divulgación de ideas comunistas. Representantes de la vida universitaria como la FUBA, y buena parte del cuerpo docente, fueron catalogados como subversivos o marxistas, términos que con el paso de los años se fueron transformando en sinónimos. Si bien el diagnóstico era hijo de la Guerra Fría y de un anticomunismo que circuló con mayor velocidad luego de la Revolución cubana, sus difusores vieron en la Reforma Universitaria de 1918 un punto de inflexión o, aún, el origen local de este fenómeno.

En pocos años, el prisma con el cual se observaba la Universidad, ciertamente se había modificado. Las credenciales antiperonistas ya no eran garantía para hacerse cargo de las instituciones universitarias.

El presente capítulo pretende recuperar las percepciones y lecturas realizadas por el universo de la derecha argentina acerca de la Reforma Universitaria, dar cuenta de cómo analizaron sus efectos durante los años posperonistas, así como también las estrategias para combatir sus consecuencias. Para ello, en primer

lugar demostraremos cómo en el marco de la Guerra Fría la Reforma Universitaria comenzó a ser señalada como la puerta de entrada del comunismo en el país. A pesar de que existía un consenso generalizado acerca de sus efectos negativos, en un segundo apartado confrontaremos ciertas trayectorias individuales que permiten visualizar estrategias disímiles para revertir sus consecuencias. Por último, intentaremos dilucidar si la heterogénea coalición anticomunista que hacia 1974 participó de las intervenciones en distintas universidades públicas durante el mandato del ministro Oscar Ivanissevich, pretendió obturar violentamente el ciclo iniciado en 1918.

Una nueva doctrina para explicar el conflicto social

Cuando años más tarde Romero recordaba su breve paso de tres meses como rector de la UBA destacaba su buena convivencia con el entonces ministro de Educación, Atilio Dell’Oro Maini, un activo militante del entramado católico antiliberal de los años veinte, y para la época de simpatías demócrata cristianas. Sin embargo, reconocía que sus complicaciones comenzaron cuando se opuso al decreto 6403/55, que autorizaba la creación de universidades privadas con la capacidad de emitir títulos habilitantes: “Entonces me tomaron por anticatólico y ahí empezó una ola de difamación como si ser laico significara ser comunista [...]”.²

Ciertamente, allí algo estaba sucediendo. Si bien ya para las décadas del veinte y treinta del siglo XX podemos reconocer las raíces del anticomunismo local, una nueva doctrina comenzaría a reformularlo en el clima de la Guerra Fría. Esa doctrina se originó

²: Luna, Félix, *Conversaciones con José Luis Romero*, Buenos Aires: Sudamericana, 1986, pp. 142-143.

en Europa y circuló por Argentina a partir de los años cincuenta. Se trataba de la doctrina de la guerra contrarrevolucionaria.

Elaborada por el ejército francés en el contexto de sus enfrentamientos anticoloniales de Indochina y Argelia, en la “nueva guerra” el enemigo ya no era un ejército regular, sino un movimiento político-militar que permanecía disuelto, mimetizado en la población civil, y que sólo atacaba por las armas a través de la táctica de la guerra de guerrillas. Era entre la población civil donde la guerrilla lograba moverse –citando la frase del líder comunista chino Mao Tse Tung– “como un pez en el agua”, y de ahí en más el principal escenario de disputa.

Por lo tanto, en la guerra revolucionaria el enemigo buscaba el adoctrinamiento de la sociedad con el fin último de subvertir el orden vigente e instaurar así un régimen comunista. La frontera que separaba ambos bandos, entonces, ya no era geográfica sino ideológica, y la disputa central consistiría en dominar las “mentes” y los “corazones” de la población.

Para hacer frente a esta “guerra revolucionaria” eran necesarias nuevas recetas, una nueva doctrina: la de la Guerra Contrarrevolucionaria. Actuando bajo la premisa de que la población en su totalidad se transformaba en sospechosa, y con el objetivo de “retirarle el agua al pez”, comenzó a impartirse otro tipo de preparación. Acciones psicológicas y un permanente despliegue de propaganda anticomunista, multiplicación de organismos de inteligencia, técnicas de tortura para obtener información y “desarticular” el entramado clandestino de la guerrilla (y sus apoyos no armados), infiltración de agentes encubiertos y operativos de control sobre la población civil, pasaban a dominar el paisaje de una guerra en la que ahora el enemigo era interno.

Según el diagnóstico del Ejército francés, dicho enemigo no actuaba por motivación propia, sino que era la Unión Soviética

tica quien los apadrinaba, con el objetivo de expandir sus zonas de influencia. Por lo tanto, conflictos de índole anticolonial como habían sido los de Francia en Indochina y Argelia, analizados con el lente de la nueva doctrina, se transformaban en enfrentamientos a escala planetaria entre comunismo y anticomunismo; o, cuando se hacía bajo lecturas permeadas por imaginarios religiosos, como la de un sector de la derecha argentina, la lucha era entre dos “civilizaciones”: el “occidente cristiano” versus el “oriente ateo”.

Fue principalmente durante la Revolución Liberadora, y en momentos de importantes reformas en el Ejército, producto del proceso de “desperonización”, cuando la nueva doctrina francesa encontró el terreno propicio para insertarse en instituciones castrenses locales. Su recepción se produjo por diversos canales y prácticamente en simultáneo a su proceso de formulación y ejecución.³

Las redes católicas tradicionalistas fueron uno de dichos canales de divulgación. Ciertamente, el predicamento de muchas de sus figuras en ambientes militares no constituía una novedad. Sacerdotes como Julio Meinvielle o laicos como Jordán B. Genta, entre otros, desde los años treinta divulgaban tópicos antiliberales, antisemitas y anticomunistas en diferentes dependencias del Ejército. Pero eran las nuevas hipótesis de conflicto adoptadas no sólo por el Ejército sino por la totalidad de las Fuerzas Armadas (y luego también las de Seguridad) las que abrían, aún más, las puertas de las sedes militares al activismo tradicionalista.

3: Mazzei, Daniel, “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la Guerra Sucia, 1957-1961”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 13, 2002, Buenos Aires, pp. 105-137; Ranalletti, Mario, “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha en la formación militar argentina. Influencias francesas en los orígenes del terrorismo de Estado (1955-1976)”, en Feierstein, Daniel (comp.), *Terrorismo de Estado y genocidio en América Latina*, Buenos Aires: Prometeo, 2009.

El catolicismo intransigente local se apropiaba entonces de la nueva doctrina, la tamizaba a través de sus coordenadas (por ejemplo, situaba al comunismo como parte de un mismo ciclo revolucionario iniciado con la Reforma Protestante en el siglo XVI), la adaptaba al contexto de la Argentina posperonista y la diseminaba entre un auditorio castrense al que estaban habituados a dirigirse. Para mediados de los sesenta ya se podían detectar un conjunto de nuevas producciones delineadas por el clima de la Guerra Fría.⁴

De esta manera, la creciente conflictividad social y laboral originada con la proscripción del peronismo, los cambios al interior del catolicismo tras el Concilio Vaticano II, las consecuencias políticas e ideológicas producidas por la Revolución cubana, el ciclo de protesta protagonizado por heterogéneos actores políticos y sociales a partir de la dictadura de Onganía y el surgimiento de organizaciones guerrilleras, eran, tanto para los militares argentinos como para los actores de la derecha local, parte de un mismo plan digitado por el comunismo a nivel internacional, plan al cual ellos debían responder en pos de preservar la “civilización occidental y cristiana”. Para los años setenta la derecha peronista también adoptaría buena parte de estas coordenadas, salvo que para preservar la “pureza” doctrinaria del peronismo.

Dicho escenario regional y mundial no hizo más que consolidar en el imaginario de las derechas los diagnósticos ya elaborados bajo las hipótesis importadas. De esta manera, producto de incorporar mecánicamente los conceptos franceses, como también de la efectividad lograda por la traducción católica de los mismos, la noción de *subversión* pasó a denominar a un conjunto de enemigos

4: Entre otros, Plinio Correa de Oliveira, *Revolución y Contra-Revolución* (1959); Julio Meinvielle, *El comunismo en la revolución anticristiana* (1961); Jean Ousset, *El marxismo-leninismo* (1963) y Jordan B. Genta, *Guerra contrarrevolucionaria* (1964).

tan vasto que sus límites fueron difíciles de trazar. Miembros de las organizaciones armadas, militantes políticos y sindicales, sacerdotes tercermundistas, cultos religiosos no católicos, integrantes de organismos de defensa de los derechos humanos, el liberalismo, los judíos, la democracia, fueron personas y conceptos que terminaron asociados a “la subversión”. La vida universitaria no sería la excepción.

La Reforma Universitaria bajo el prisma de la Doctrina de la Guerra Contrarrevolucionaria

Ya en una de las primeras obras militares que buscaba adaptar la doctrina francesa al escenario local, y quizá la de mayor circulación en ambientes castrenses, su autor, el general Osiris Villegas, ubicaba al “reformismo universitario” como uno de los tantos movimiento colaterales que desplegaba el comunismo en todas aquellas democracias occidentales donde deseaba infiltrarse.⁵ Argumentos que si bien podían inscribirse en el clima de la Guerra Fría, también eran similares, por no decir idénticos, a los expuestos en 1936 por el senador Matías Sánchez Sorondo en ocasión del debate del proyecto de ley de represión de las actividades comunistas.⁶

5: Villegas, Osiris G., *Guerra revolucionaria comunista*, Buenos Aires: Pleamar, 1963 [1ª Edición 1962], p. 159.

6: En dicho debate, Sánchez Sorondo acusaba a la Federación Universitaria Argentina (FUA) de actuar como uno de los “organismos colaterales” del Partido Comunista. Carnagui, Juan Luis, “La ley de represión de las actividades comunistas de 1936: miradas y discursos sobre un mismo actor”, en *Revista Escuela de Historia*, Año 6, Vol. 1, N° 6, 2007, Salta, pp. 161-178; López Cantera, Mercedes, “Detrás del debate. La cuestión comunista y la criminalización en la ley de represión al comunismo de 1936”, en *Contenciosa*, Año II, N° 3, segundo semestre 2014, Santa Fe, pp. 1-16.

Fue sin embargo Genta, una figura no sólo con estrechas vinculaciones al mundo militar, sino además con antecedentes en los claustros universitarios, quien trazó ciertas coordenadas que se replicaron en no pocos documentos militares posteriores. En *Guerra contrarrevolucionaria*, publicado en 1964, se dedicaba al ámbito educativo y en especial a la Reforma.

Para su autor, ésta era un eslabón más, quizá el más importante, del proceso de “descristianización” de la educación iniciado con la ley 1420 de 1884, que redujo a la Universidad al “profesionalismo utilitario”; en 1918 ese proceso se profundizó. Así, “al año siguiente de la Revolución Rusa”, se impuso desde Córdoba para toda América Latina “el soviét en la Universidad”. De allí en adelante la Universidad “se va configurando como el Estado Mayor del Comunismo, en la guerra revolucionaria desencadenada en América Latina”.⁷

Sin duda aún perturbado con las imágenes y noticias que llegaban desde Cuba (país donde ciertamente el movimiento iniciado en Córdoba había encontrado adherentes), y contagiado por la paranoia anticomunista que desató la presidencia de Arturo Frondizi, Genta, a modo de balance, concluía que “Después de 45 años de Reforma Universitaria, se puede afirmar [...] que la clase dirigente intelectual y los equipos gobernantes en todas las Repúblicas centro y sudamericanas son marxistas o promarxistas”⁸, conclusión similar a la que había llegado Meinvielle unos años antes en una conferencia pronunciada en la provincia de Córdoba.⁹

7: Genta, Jordán Bruno, *Guerra contrarrevolucionaria. Doctrina Política*, Buenos Aires: Nuevo Orden, 1965 [1ª Ed. 1964], pp. 206-ss.

8: Genta, J. B., *Guerra contrarrevolucionaria*, op. cit., p. 213.

9: Meinvielle, Julio, “La dialéctica de la acción, o cómo se propaga el comunismo en nuestro país”, 21 de noviembre de 1960, en *El Comunismo en la Argentina*, Buenos Aires: Dictio, 1974.

Genta, entonces, consideraba a la Reforma el “primer triunfo decisivo del Comunismo en la Patria”, una hipótesis que en sede militar encontró adherentes cuando pretendió fecharse el origen de la “guerra revolucionaria” en Argentina. Si se repasan los dos principales documentos que la última dictadura (1976-1983) elaboró acerca del problema subversivo en la educación, documentos muy similares entre sí, la narrativa histórica es sin duda deudora de esta matriz. En ellos 1918 era continuado por 1955, momento donde la izquierda inicia un nuevo proceso de infiltración gracias al marco legal trazado por la Reforma.

Según el relato del último gobierno militar, fue durante la Revolución Libertadora cuando “la FUA recupera el terreno perdido, logrando hacer nombrar interventores de marcada propensión izquierdista”. Claro que donde Genta veía la mano oculta del comunismo y la masonería¹⁰, el relato castrense, en defensa corporativa, atribuía la concreción efectiva del objetivo propuesto en la Reforma, es decir, el “Gobierno Tripartito”¹¹, a la “confusión del momento” y a la “falta de comprensión del peligro potencial que representaba la izquierda”.¹²

Pero a diferencia de los documentos militares, la preocupación de Genta, como la de los actores de la galaxia tradicionalista

10: Genta, Jordán Bruno, “La romería universitaria”, en *Combate*, N° 7, 1956, Buenos Aires, pp. 1-2; Genta, J. B., “El problema universitario”, conferencia del 2 de septiembre de 1956, en *Combate*, N° 19, 1956, Buenos Aires, p. 4.

11: Ciertamente, la nueva estructura normativa que además de establecer el ingreso de los graduados en los claustros directivos de las universidades, efectivizaba la autonomía universitaria y reglamentaba los concursos docentes tal como los conocemos, fue una innovación de la Revolución Libertadora y no de la Reforma. Las apropiaciones de la misma durante la segunda mitad del siglo XX tendió a asociar estas innovaciones legales al momento fundacional de 1918.

12: *Marxismo y Subversión. Ámbito educacional*, Estado Mayor General del Ejército, 1977, p. 24; *Subversión en el ámbito educativo (Conozcamos a nuestro enemigo)*, Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, 1977.

católica, no era exclusivamente la expansión del comunismo, sino la descristianización de la sociedad y la pérdida de un *Orden Natural* corroído desde otra Reforma, la Protestante, cuatro siglos antes. Los efectos y peligros de la Reforma Universitaria, entonces, se leían en el marco de este proceso global acelerado luego de la Revolución Rusa, última etapa de asedio contra la civilización occidental y cristiana.

De allí que no bastaba sólo con eliminar al comunismo de la vida universitaria, cuestión que quizá se podía cumplir aun manteniendo el “espíritu” reformista, sino que “la Guerra Contrarrevolucionaria debe lograr entre sus objetivos principales y más urgentes, el restablecimiento de la jerarquía en la Universidad”.¹³ Eso se alcanzaría en primer lugar con la eliminación del gobierno tripartito, para Genta, la representación principal del “soviet universitario”.

Claro que más allá de colocar a la Reforma dentro de una explicación omnicompreensiva que excedía las fronteras nacionales, era indudable la nostalgia por una sociedad más atenta a los círculos de sociabilidad de las elites socioeconómicas y políticas, y menos a las decisiones del sufragio universal. Esta mirada se hacía más evidente en quienes analizaban los efectos de la Reforma situados en provincias donde no sólo había nacido el movimiento reformista, sino donde dichas elites podían presentarse más compactas y asentadas. Así, Francisco Vocos, formado en la escuela del tradicionalismo cordobés, transitaba tópicos similares a los de Genta pero intercalaba recuerdos de su niñez en el colegio Santo Tomás de Aquino, donde en 1918 observó pasar a los manifestantes reformistas destruyendo monumentos, apedreando institu-

13: Genta, J. B., *Guerra contrarrevolucionaria*, op. cit., p. 213.

ciones católicas y provocando desmanes en el espacio público en una sociedad tan apacible como la cordobesa.¹⁴

La recepción de la Reforma en el clima político de oposición conservadora al primer gobierno de Hipólito Yrigoyen, es decir, su asociación al “desorden” generado por el sufragio universal, fue un producto de los años veinte que heredaron las derechas de los años posperonistas, y que éstas compaginaron con el discurso anticomunista de la Guerra Fría. Si se lee con atención la bienvenida que en sus memorias hacía el salteño Carlos Ibarguren a la reforma de los estatutos de la UBA en 1906 (donde usufructuó sus consecuencias en la Facultad de Derecho), cambios que en buena medida en 1918 fueron incorporados en la Universidad Nacional de Córdoba, podemos deducir que el origen de la irritación no era tanto las modificaciones institucionales en la Universidad, sino más bien el giro plebeyo que adquirieron las prácticas políticas durante la democracia yrigoyenista¹⁵, prácticas que atravesaron los muros universitarios, y que a los críticos de la Reforma desde coordenadas antiliberales, como la revista *Criterio*, los llevó a direccionar todo su descontento hacia la participación estudiantil en los órganos de gobierno universitario.¹⁶

Es más, si se analizan los motivos de la irritación de Genta tras tener que abandonar su cargo como Rector de la Universidad Nacional del Litoral en los primeros meses de la dictadura militar de 1943, luego de enfrentarse a docentes, directivos y, claro está, a los empoderados estudiantes, se encuentran más próximos al de

14: Vocos, Francisco J., *El Problema Universitario y el Movimiento Reformista*, Buenos Aires: Huemul, 1962.

15: Ibarguren, Carlos, *La historia que he vivido*, Buenos Aires: Dictio, 1977.

16: Buchbinder, Pablo, *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005, p. 111.

un Iburguren que al del propio Genta de los años sesenta.¹⁷ Es decir, que de considerar a la Reforma como la introducción de la ley Sáenz Peña en la Universidad, pasó a señalársela como la puerta de entrada del comunismo en el país.

Trayectorias y estrategias disímiles frente a la Universidad reformista

Tras observar la lectura de la Reforma realizada por actores de las derechas locales durante las décadas del sesenta y setenta, podría deducirse que, desde su misma implementación, éstos se alejaron de los claustros universitarios y combatieron a la misma. Sin embargo esto no sucedió. Claro que tampoco hubo actitudes y comportamientos homogéneos; su relación con la Universidad reformista fue ciertamente sinuosa.

Genta, quizás el más intransigente impugnador de la Reforma en clave anticomunista, además de no ser un detractor de la misma en sus primeros años, fue, al menos hasta la designación de Perón como presidente, un activo animador del mundo universitario, sea como estudiante, docente o en cargos institucionales.

Tras recibirse de Bachiller en el Colegio Nacional Mariano Moreno, ingresó en 1928 a la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, donde obtuvo el diploma de Filosofía en 1933. Sus primeros años en dicha facultad lo encontraron próximo a la agrupación universitaria *Insurrexit*, fundada entre otros por Héctor P. Agosti y ligada al universo comunista. El primer paso en su conversión política

17: Buchbinder, P., *Historia de las universidades argentinas*, op. cit., p. 145. En las memorias de Tulio Halperín Donghi hay un interesante relato sobre el desempeño de Genta, no tanto a cargo de la Universidad, sino como Rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Al respecto: Halperín Donghi, Tulio, *Son memorias*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2008, pp. 127-132.

(y religiosa, ya que su padre había sido un ateo anarquista), lo dio en clave antipositivista cuando en la misma facultad estableció contacto con el filósofo Coriolano Alberini, varias veces decano y vicerrector de la Universidad. Ya un año antes de recibirse participó en la fundación del *Frente de Afirmación del Nuevo Orden Espiritual* (FANO), agrupación liderada por Saúl Taborda y en la que se encontraban, entre otros, Jorge Romero Brest, Carlos Estrada, y Francisco y José Luis Romero, luego tan duramente denostado. La influencia de su compañera de estudios María Lilia Losada, con quien contrae matrimonio civil en 1934, completó su camino hacia el catolicismo; de allí que a sus treinta años se bautizó y se casó por Iglesia.¹⁸ Poco tiempo después inició su carrera docente en la Universidad Nacional del Litoral y en el Instituto Nacional del Profesorado de Paraná. Hacia 1937 ingresó como docente al Magisterio de la provincia de Buenos Aires, durante la gestión del gobernador Manuel Fresco. Ese mismo año recaló en Buenos Aires, donde participó del Instituto de Sociología Argentina, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y dirigido por Ricardo Levene.

Con el golpe de Estado de junio de 1943 fue designado rector interventor de la Universidad Nacional del Litoral. Allí solamente ejerce funciones entre julio y septiembre, enfrentándose con la comunidad educativa. En junio de 1944 consiguió que el ministro Alberto Baldrich lo nombre rector del Instituto Nacional del Profesorado Secundario y director de la Escuela Superior del Magisterio, cargos que desempeñó hasta mayo de 1945, cuando fue cesanteado por decreto debido a los intentos de expulsar a gran cantidad de alumnos y docentes. Desplazado de la enseñanza universitaria oficial, y tras un intento fallido de fundar una “Universidad Libre

18: Ferrari, Germán, *Símbolos y fantasmas. Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la “justicia para todos”*, Buenos Aires: Sudamericana, 2009.

Argentina”, en 1946 inició una etapa de marginación. Su contacto con la educación y la docencia fue la “Cátedra Privada de Filosofía” fundada por él mismo, donde dictó cursos durante dieciocho años. Recién en la década de 1960 retornó por un breve tiempo a la docencia oficial en la Universidad Católica de San Juan.¹⁹

Su trayectoria, que podríamos sintetizar con una secuencia trazada por la conversión y rechazo del credo reformista, intento infructuoso de cristianizar la educación superior, y finalmente la marginación, difiere de otras biografías académicas. Observemos las complejidades que adiciona otro personaje.

Nacido un año después de la Reforma, y diez años más joven que Genta, Carlos Disandro cursó sus estudios secundarios en el colegio Monserrat de Córdoba, ya por entonces dependiente de la Universidad Nacional de Córdoba. Sus estudios universitarios, sin embargo, los prosiguió en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde se graduó de Profesor en Letras. A diferencia de otros personajes estudiados, fue de los católicos que no sólo adhirió al peronismo sino que desde la aún llamada Secretaría de Trabajo y Previsión colaboró con las modificaciones introducidas en la educación universitaria, y que llevaron a la sanción de una nueva ley en 1947.

Si bien el diagnóstico elaborado por el peronismo acerca de las consecuencias de la Reforma también era negativo, la clave de impugnación era ciertamente distinta. Como apunta Buchbinder, para los líderes peronistas durante los años veinte y treinta, la Universidad se había politizado excesivamente y se había convertido en un reducto de los “hijos del privilegio”. En esta perspectiva era leída la Reforma, cuestionada por su anticlericalismo (aquí sí po-

19: Caponnetto, Mario, “*Combate*” (1955-1967). *Estudio e índices*, Buenos Aires: Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 1999, pp. 12-13.

día observarse un acuerdo con la crítica tradicionalista de los años sesenta), por no haber abierto la Universidad “al pueblo” y por haberla “entregado a la oligarquía”, perviviendo la idea de que la clase dirigente era una minoría formada allí.²⁰

Tras el derrocamiento de Juan D. Perón, Disandro se refugió en la producción intelectual, logrando sintetizar su reivindicación del peronismo en clave antiimperialista, su anticomunismo y sus elucubraciones acerca de la existencia de una “conspiración sinárquica” (idea que adoptó el propio Perón, a quien en 1967 visitó en su exilio madrileño), con registros del catolicismo intransigente y con sus combates contra el Concilio Vaticano II. Bajo estas coordenadas ideológicas ejerció como profesor de latín en la UNLP y en la UBA, promoviendo diversas organizaciones que animaron la vida política de la primera de ellas, como fueron la Agrupación Universitaria Platense, el Centro Platense de Estudios Universitarios y la Concentración Nacional Universitaria (CNU), esta última abocada a combatir, incluso apelando a la violencia física, al enemigo comunista dentro de propia Universidad.

Si en Disandro puede observarse una circulación importante por los claustros universitarios, Carlos Sacheri quizá presente el ejemplo más acabado de inserción académica exitosa. Más joven que los anteriores (había nacido en 1933), entre 1951 y 1957 cursó la carrera de Derecho en la UBA, la cual no llegó a completar. A diferencia de Genta y Disandro, sus estudios de grado y posgrado los realizó en el exterior gracias a una beca que en 1961 lo llevó a la Universidad Laval, en Canadá, donde permaneció con interrupciones hasta 1968, graduándose como licenciado y luego doctor en filosofía.

20: Buchbinder, P., *Historia de las universidades argentinas*, op. cit., pp. 151-152.

De retorno a la Argentina comenzó una acelerada carrera docente. Durante el decanato de Alberto Rodríguez Varela (1971-1973) se incorporó como profesor titular en el ingreso a la Facultad de Derecho de la UBA, en la materia Filosofía e Historia de las Ideas Filosóficas. Más tarde, en 1974, con la intervención de Alberto Ottalagano, Francisco Bosch, decano de la misma, lo designó Director del Instituto de Filosofía del Derecho, en el cual permaneció hasta su asesinato en el mes de diciembre, al parecer cometido por una organización armada de izquierda.²¹

A pesar de que guardaba un diagnóstico negativo hacia las nuevas instituciones creadas luego de 1958 (por considerar que en dichas universidades primaba un “espíritu lucrativo” y que no fueron “cristianizadoras de las inteligencias”)²², sus funciones en la universidad pública supo compaginarlas con las desarrolladas en otras de gestión privada.

Gracias a la confianza otorgada por el rector Octavio Derisi, fue en la Universidad Católica Argentina (UCA) donde encontró mejores condiciones para desplegar su actividad docente y académica. Allí, entre 1967 y 1974 dio clases en numerosas cátedras de las carreras de Ciencias Económicas, Derecho y Filosofía y Letras; y hasta llegó a integrar el claustro de profesores –un espacio sin duda asociado a la Reforma– como consejero suplente de la carrera de Sociología.²³

Los ejemplos que dan cuenta de las heterogéneas trayectorias universitarias de los detractores de la Reforma podrían mul-

21: Cersósimo, Facundo, “Memorias y usos públicos del pasado en torno a la ‘lucha antisubversiva’. Notas sobre Carlos Sacheri y Jordán Bruno Genta”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, Volumen 16, N° 2, 2016, La Plata, pp. 1-22.

22: Hernández, Héctor H., *Sacheri. Predicar y morir por la Argentina*, Buenos Aires: Vórtice, 2007, p. 442.

23: Ranalletti, M., “Contrainsurgencia, catolicismo intransigente y extremismo de derecha...”, op. cit.

tiplicarse. Una mirada de conjunto parecería indicar dos cuestiones. La primera, si bien es cierto que en los años inmediatos a la Reforma ya se podía detectar, fue durante las décadas del sesenta y setenta cuando la denuncia de la Universidad como reducto del comunismo se torna una herramienta discursiva habitual entre las derechas locales. La segunda, es que a pesar de este diagnóstico los comportamientos para enfrentar sus consecuencias fueron disímiles, es decir, no hubo una estrategia de conjunto. Ciertas trayectorias muestran que buscaron combatir sus efectos desde adentro, en especial en universidades como la UBA y UNLP (aunque para ajustar la mirada, habría que señalar a determinadas facultades); otras, que optaron por refugiarse en instituciones que lograron permanecer más ajenas al clima reformista, sean públicas o de gestión privada (la Universidad Nacional de Cuyo, donde convivieron durante décadas heterogéneas familias católicas y nacionalistas, puede ser un ejemplo de las primeras; la UCA, bajo la dirección de Monseñor Derisi, de la segunda); mientras que otras figuras optaron por proyectos periféricos surgidos luego de que el gobierno de Arturo Frondizi permitiera a instituciones privadas emitir títulos habilitantes (aquí podrían anotarse la Universidad Católica de La Plata, creada en 1964 por el entonces Arzobispo de La Plata monseñor Antonio José Plaza, como otras universidades católicas provinciales). Claro que las opciones no fueron excluyentes.

Más allá de las estrategias individuales, hacia mediados de la década de 1970, durante el gobierno peronista, una coalición integrada por diversos exponentes de las derechas impulsó una empresa que, en principio, pretendió “depurar” y “ordenar” una Universidad –pública y en algunos casos privada– a la que veían como caótica.

¿Un ensayo autoritario para erradicar el legado de la Reforma? Las intervenciones del ministro Oscar Ivanissevich

Tras la renuncia de Jorge Alberto Taiana en agosto de 1974, la presidenta en ejercicio María Estela Martínez de Perón designó como ministro de Cultura y Educación a Oscar Ivanissevich, un octogenario médico cirujano que ya había ocupado el cargo en el primer peronismo, y que había ejercido la docencia universitaria en la UBA. Habilitado por uno de los artículos más polémicos de la “Ley Taiana” sancionada meses antes, el N° 51, el ministro realizó nuevas intervenciones que desataron un proceso de cesantías y persecuciones contra directivos, docentes y alumnos.

Como señalaría Emilio Mignone, en ese entonces rector de la Universidad Nacional de Luján, estos interventores eran “personajes desconocidos, mediocres y sobre todo profundamente reaccionarios”.²⁴ Ciertamente fueron los interventores de la UBA, Alberto Ottalagano, y de las universidades del Sur y del Comahue, el exiliado rumano Remus Tetu, ambos declarados admiradores del fascismo, los exponentes más representativos de este fenómeno.

Acompañados por grupos paramilitares y parapoliciales, y por una constelación de civiles identificados con el tradicionalismo católico, la derecha peronista y el sindicalismo universitario más ortodoxo (buena parte de todos ellos permeados por la cultura universitaria), montaron un aparato represivo y de vigilancia direccionado contra un enemigo al que coincidían en rotular de comunista, subversivo o marxista.²⁵

Más allá de este enemigo compartido, ¿fue un intento coordinado de revertir el legado de la Reforma en la vida universitaria?

24: Buchbinder, P., *Historia de las universidades argentinas*, op. cit., p. 206.

25: Rodríguez, Laura G., *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, Buenos Aires: Prometeo, 2015, cap. 2.

Nuevamente habría que diseccionar las evaluaciones de más largo alcance y los objetivos de los integrantes de esta coyuntural coalición contrarrevolucionaria.

Si se repasan los números de las principales revistas de la derecha peronista, como *El Caudillo* o *Las Bases*, para estos actores era perentorio “depurar” una institución que tras la asunción de Cámpora en mayo de 1973 pasó a ser manejada por la izquierda peronista. Por lo tanto debía ser “saneada” para alinearla al proyecto justicialista liderado por Perón, que por su esencia doctrinaria antimarxista no admitía una Universidad en manos del comunismo, es decir, en manos de la Juventud Peronista y Montoneros. Los discursos de las dos principales figuras de este proceso, como Ivanissevich y Ottalagano, transitaban este camino.

Es interesante señalar cómo en una de las ediciones del periódico de la Alianza Libertadora Nacionalista, cuya portada titulaba “La Unión Democrática contra Ottalagano”, entre los enemigos del interventor anotaban a los “bolches”, al “marxismo” (categorías que incluían a la izquierda peronista, para ellos, ajena al movimiento justicialista), pero también al radicalismo, leyendo la puja universitaria del momento bajo el lente peronismo vs. antiperonismo de los años cuarenta.

Ya conseguido el *orden*, a finales de 1974 le reclamaban a Ottalagano, como tareas pendientes, el *ordenamiento*: “orientación de la enseñanza, clarificación del sentido de Universidad, estructuración y sistematización de carreras y métodos, selección de profesores, orientación vocacional y limitación de alumnos a las reales posibilidades y necesidades del país: eso es ordenamiento”.²⁶ Y en una entrevista a su principal referente universitario, éste afirmaba que la “misión Ivanissevich” no era más que una

26: *Alianza*, N° 10, 29 de noviembre de 1974, Buenos Aires, p. 2

vuelta a lo que la Universidad nunca debió haber dejado de ser, “un lugar donde el conocimiento se encamine a servir a Dios, a la Patria y a la Ciencia”.²⁷

Más que una preocupación por revertir los efectos de la Reforma, existía en las agrupaciones de la derecha peronista la necesidad de restablecer el orden en la Universidad y alinearla con la “verdadera” doctrina justicialista. Es más, en la citada “Ley Taiana” impulsada por el mismo Perón, y con el apoyo de la bancada de la Unión Cívica Radical, se incorporaban postulados asociados a la tradición reformista como la autonomía universitaria y el co-gobierno (ciertamente un cambio con relación a la ley de 1947); aunque también es cierto que la misma ley limitaba la actividad política y dejaba la puerta abierta para las intervenciones de la gestión Ivanissevich.

Si bien no se reconocía a la Reforma como un hito refundacional de la historia universitaria (como sí hacía la tradición de izquierda y la radical), tampoco la señalaban como la causa del desorden imperante, desorden que parecía remitirse al 25 de mayo de 1973, cuando Cámpora asumió la presidencia (como también habrá lecturas de una derecha ni peronista ni católica, que fijará el origen del desorden al ciclo iniciado con el Cordobazo en 1969).²⁸

Si se repasan los debates en el Senado al momento de tratarse el proyecto de la ley mencionada, fueron los representantes de los partidos conservadores provinciales quienes, rechazando las actividades políticas dentro de la Universidad, parecían inscribirse más claramente en la senda anti reformista. Así, mientras Amadeo Frúgoli, del partido Demócrata de Mendoza, repudiaba la

27: *Alianza*, op. cit., p. 3. Cfr., además, Rodríguez, L. G., *Universidad, peronismo y dictadura (1973-1983)*, op. cit., p. 254.

28: Landívar, Gustavo, *La Universidad de la violencia*, Buenos Aires: Depalma, 1980.

existencia “de ideas políticas antinacionales, de ideologías ajenas a la tradición y a la idiosincrasia de nuestro pueblo” y denunciaba la presencia allí de “agitadores profesionales” que ejercen una “gimnasia subversiva”, su colega Leopoldo Bravo, del bloquismo sanjuanino, señalaba cómo los cimientos de la vida universitaria “[...] se encuentran debilitados por la entronización de doctrinas importadas y deformantes de las conciencias juveniles”²⁹; un diccionario político que a mediados de la década de 1970 podía pertenecer a cualquier representante de las derechas –y no sólo de ellas–, y que había incorporado a aquel conservadurismo de Ibarguren un lenguaje propio de la Guerra Fría.

El diagnóstico de los actores católicos tradicionalistas, como ya señalamos, descansaba sin duda en un análisis de más largo alcance. Para ellos la Reforma sí era el origen de la penetración comunista en la Argentina, proceso acelerado luego de 1955, y que con la llegada de Cámpora a la presidencia había alcanzado su momento más dramático.

Sin embargo, y a pesar de haber ocupado un papel no menor durante la intervención Ottalagano, donde obtuvieron un destacado protagonismo con los decanatos del sacerdote Raúl Sánchez Abelenda en Filosofía y Letras, y con el de Francisco M. Bosch en la Facultad de Derecho (aquí, entre otros, se sumaron Carlos Sacheri y Francisco Vocos), consideraron esta empresa sólo una receta defensiva y transitoria.

Aunque en el clima represivo de entonces hallaron en dicho rectorado el lugar más adecuado en el Estado para sumarse a un combate que ya había dejado de ser meramente ideológico, para

29: Citado en Buchbinder, Pablo, “La universidad y el tercer peronismo: notas sobre el debate parlamentario en torno a la Ley Taiana”, en Millán, M. (comp.), *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina (entre la “Revolución Libertadora” y la democracia del ‘83)*, Buenos Aires: Final Abierto, pp. 193-194.

las principales figuras de la familia tradicionalista el peronismo también era considerado un vehículo de penetración marxista (sumado a que en los de mayor edad no habían cicatrizado las heridas provocadas por sus arrebatos anticatólicos de los años cincuenta). Desde las páginas de *Cabildo*, Vicente Massot se encargaba de recordarle al elogiado funcionario Ottalagano que el peronismo, aún en su capítulo más “macartista”, no era la solución, sino parte del problema.³⁰

Reflexiones finales

Si se repasan las claves de impugnación de la Reforma presentadas a lo largo del artículo, observaremos que poseen genealogías diversas. Una de ellas era heredera de la reacción elitista y antiplebeya de los años veinte, aquella que formuló el conservadurismo de entonces y que tuvo en Carlos Ibarguren quizás a su máximo exponente. Para los años sesenta y setenta esta mirada parecía difuminarse, aunque ciertos actores tradicionalistas la recuperaban; señalamos el caso de Francisco Vocos cuando añoraba aquella Córdoba patricia y católica que la Reforma vino a convulsionar. Claro que aparecía compaginada con aristas de la propia matriz tradicionalista.

Para esta familia católica la Reforma no sólo permitió la entrada de la democracia en los claustros universitarios, y de allí la infiltración comunista, sino que completó el ciclo de descristianización de la educación argentina iniciado con la ley 1420 del año 1884. Democracia, comunismo y descristianización formaban parte de un mismo plan destinado a disolver el orden católico, plan

30: Massot, Vicente G., “El error de Ottalagano: creer en el peronismo”, en *Cabildo*, I Época, N° 21, 1975, Buenos Aires, p. 24.

que tenía su origen en el siglo XVI con la Reforma Protestante. En este extenso e interminable ciclo de erosión del catolicismo se insertaba esta otra Reforma.

Una tercera clave de impugnación fue la diagramada en sede militar, incorporando la conflictividad local en el escenario de la Guerra Fría. Aunque si se analizaba el discurso de exponentes como Osiris Villegas surgían evidentes similitudes con aquellas denuncias formuladas por Sánchez Sorondo en la década de 1930. Es decir, que si bien había un clima de época en esta formulación, tampoco era ajena a un anticomunismo local de largo aliento. En esta interpretación la Universidad era “utilizada” por el comunismo para avanzar en su objetivo revolucionario, formando allí a sus cuadros dirigentes e intelectuales.

Claro que estas disquisiciones muchas veces aparecían articuladas y difíciles de diseccionar, como daban cuenta las intervenciones citadas de los senadores conservadores de las provincias de Mendoza y San Juan. En aquel conglomerado contrarrevolucionario que se fue gestando a comienzos de la década del setenta, y que analizamos durante la “misión Ivanissevich”, los actores podían escoger del catálogo los elementos más efectivos para luchar contra un enemigo común que, según ellos, estaba adueñándose de las universidades argentinas.